

LAS BIBLIOTECAS FICTICIAS*

Estela Botero Restrepo**

RESUMEN

Bibliotecas sacadas de las páginas de la literatura, y otras muy ligadas a nuestra experiencia personal, son motivo para reflexionar sobre el desempeño del bibliotecario junto a la búsqueda espiritual del hombre de todos los tiempos.

PALABRAS CLAVE: Bibliotecas, literatura.

BOTERO RESTREPO, Estela. *Las bibliotecas ficticias.* En: *Revista Interamericana de Bibliotecología. Vol. 23, No. 1 (ene.-jun. 2000); p. 85-88.*

ABSTRACT

Libraries extracted from literature's pages and other quite linked to our personal experience are a reason to think about the librarian's work regarding the man's spiritual ever search.

KEYWORDS: Libraries, Literature.

BOTERO RESTREPO, Estela. *Fictitious Libraries.* In: *Revista Interamericana de Bibliotecología. Vol. 23, No. 1 (Jan.-Jun. 2000); p. 85-88.*

Solamente el ejercicio prodigioso de la memoria podría devolvernos las bibliotecas en las que dejamos largos segmentos de la vida, pero que ahora pasaron a ser episodios sin importancia, por esa visión de conjunto que el paso del tiempo les confiere.

Marcel Proust, para evitar la fuga de los instantes, hace que el tiempo retorne, convirtiendo los trozos del pasado en un presente vívido tan fijo dentro de nosotros que ya nadie puede arrebatárnoslo.

“Regresamos en vano a los lugares que amamos; no volveremos a verlos jamás porque estaban situados, no en el espacio, sino en el tiempo, y porque el hombre que va a buscarlos no será ya el niño o el adolescente que los embellecía con su ardor.”¹

Así, Proust nos enseñó la fórmula para regresar a aquellos recintos que ya no existen. El edificio al cual cierta mañana no volvimos, por decisión propia o ajena,

* Artículo recibido el 30 de marzo de 2000.

** Bibliotecóloga, Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Egresada de la Escuela Interamericana de Bibliotecología.

1 MAUROIS, André. *En busca de Marcel Proust.* Santafé de Bogotá: Norma, 1998. p. 215.

fue embellecido o degradado, y dotado de una simbología extraña. Pero la memoria guarda la dimensión casi exacta de los espacios, los rostros, quizá una escalera muy peculiar, algún sonido que llegamos a detestar; y sobre todo (¡por fortuna!) la luz, el rayo de sol que nos mimaba a través de una pequeña ventana, invitando a sitios y regocijos imposibles. En la memoria queda también ese ser que entonces fuimos y que hoy casi no reconocemos.

Hay en la literatura al menos tres bibliotecas creadas por los verdaderos magos de la palabra escrita, y que vale la pena recordar por sus notables características.

De la de don Alonso Quijano sólo tenemos noticia por el famoso escrutinio de cerca de cien mamotretos. Ya que Cervantes no se ocupó de describirla, y aunque parezca vano añadir ficción a la ficción, nos corresponde imaginarla como un cuarto espacioso, rústico y austero, en concordancia con las áridas tierras de Castilla. Un viejo sillón (en esto fue decisivo el trabajo de los ilustradores), era suficiente para el único e infatigable lector que esperaba la mañana a la luz amarillenta y cálida de las antorchas. Algunos bichos debería haber en ese lugar (también de esto tienen la culpa los ilustradores), de los cuales nunca se percató Don Quijote, tan embebido andaba en sus lecturas. Amplias ventanas tendría el "aposento", desde donde se dominaba el "corral" y desde las cuales fueron condenados al fuego tantos libros. Era un placer leer en aquella estancia. Al final de la tarde, a la hora en que ya los objetos pierden su forma y color, la gente de la casa veía una sombra desgarrada agitando los brazos y dando golpes de espada a diestra y siniestra.

Umberto Eco ha deambulado por muchas bibliotecas del mundo, y nos regaló la más hermosa de las bibliotecas medievales. Así lo manifiesta Adso de Melk cuando la contempla por primera vez:

"Al llegar a la cima de la escalera entramos por el torreón oriental, en el scriptorium, ante cuyo espectáculo no pude contener un grito de admiración".²

"Posteriormente conocí en San Gall un scriptorium de proporciones similares, separado también de la biblioteca, pero con una disposición no tan bella como la de aquel."³

Se trata de un laberinto metido en el sitio más seguro de una brumosa abadía del siglo XIII. Es difícil hablar de la sensación que nos deja esta descripción maravillosa, dentro del contexto de una novela que parece construida con la solidez y el detalle de una catedral gótica. Pero es necesario leerla de tanto en tanto como en una especie de rito, y pasear el alma por aquellas galerías que tienen la consistencia de los sueños.

2 ECO, Umberto. El nombre de la rosa. Barcelona: RBA, 1993. p. 70.

3 Ibidem, p. 71.

Cuando un escritor nos convierte la biblioteca en la cual pasamos días y años, gastándonos junto con los objetos que ya ni siquiera vemos por razón de la costumbre, en un lugar de otro siglo, lleno de misterio y de belleza, se puede decir que realizó un acto de magia. Porque la mente es capaz de entrar allí y abrir los ojos que no creíamos tener; y podemos penetrar en las habitaciones prohibidas con la lámpara de fray Guillermo, participando de su erudita curiosidad; leer las extrañas inscripciones, inspeccionar los armarios, y tratar de adivinar el enigma. Después de este recorrido, nuestros libros son descendientes de los nobles pergaminos iluminados por manos y mentes minuciosas; y nosotros somos, de alguna manera, de la estirpe de Malaquías, el fraile privilegiado, que tras años de aprendizaje, recibió el encargo de guardar y administrar la herencia de los sabios.

Sin duda la más extraña de las bibliotecas que figuran en la literatura es la "Biblioteca de Babel", una desconcertante parábola sobre el universo. Esta ficción de Borges es como ciertas cosas de la vida que, poco a poco, y sólo después de cierto tiempo, van siendo placenteras y ya se quedan con nosotros para siempre.

Los hombres se fatigaron en los hexágonos persiguiendo el libro que todo lo contiene y esclarece; pero tampoco es forzosa la analogía con el destino del hombre y del universo. Borges escudriñó todas las literaturas y fue, además, bibliotecario; y sabía que en esta biblioteca real, de la cual es imagen esa otra inabarcable e infinita, los hombres buscan incontables ocasiones de felicidad: "El libro es una de las posibilidades de felicidad que tenemos", decía.

Entonces buscan los bosques y los mares adonde nunca irán, las flores y pájaros de belleza inverosímil, las cúpulas espléndidas entrevistadas en algún cuento, las piedras bruñidas con forma de pirámide, las formas desconocidas, las eternas estrellas. Y también extensas e intrincadas historias donde perderse; motivos secretos y muy personales para la ternura y la risa; discursos que prometen enseñar a vivir, a amar, a sufrir, a olvidar; buscan, después de todo, a sus dioses.

Y ahí estamos nosotros, bibliotecarios, actores de una obra inmortal, observadores de cosas inexplicables.

Casi legendaria por sus dimensiones, y por lo que significó para el mundo antiguo es la Biblioteca de Alejandría; una fábrica de conocimientos congregada en torno a 500.000 rollos de papiro, una historia de 700 años que todavía nos llena de asombro e incredulidad. Hace veinte siglos hubo allí científicos que intuyeron y dedujeron con bastante acierto las grandes verdades de la ciencia, y guardaron la literatura clásica, de la cual nos quedó una escasa muestra. Es claro que la biblioteca fue la semilla del mundo moderno y aún perdura su legado.

Tenemos, en verdad, un oficio antiguo; estábamos presentes cuando las primeras preguntas acerca de la naturaleza, y también más tarde, cuando las certezas se hicie-

ron obras monumentales, medicamentos maravillosos, máquinas admirables. "Oficio" no tiene en absoluto connotaciones de inferioridad o rusticidad; es el quehacer humano que construye y crea el mundo, y deja caminos para los demás. Y aunque no podemos decir que armamos, pegamos o labramos, cada día hay gestos y palabras que indagan, labios que agradecen, manos desarmadas que reciben suavemente, personas sin prisa detenidas en el lugar que les preparamos cerca de la claridad de las vidrieras.

*Porque sentí que de alguna manera / compartí lo que hacían / o mis hermanos
o mis enemigos / y ellos, de tanta nada que saqué / de la nada, de la nada mía
/ tomaron algo y les sirvió mi vida.⁴*

Cada mañana se abre la amplia puerta de cristal de esta biblioteca, que va a completar medio siglo, en la que ahora dejo las horas y los días. La gran sala de lectura apenas se despierta con la caricia de las escobas; está a la espera de los innumerables pasos, de los delantales blancos, del murmullo que se extiende hasta la tarde; ha envejecido con tanto trajinar, como aquellos santuarios por donde pasaron los fieles marcando la madera y la piedra con su cansancio y su esperanza. Quien la concibió quiso tal vez que fuera grande, sencilla, que resistiera el paso de los años, y que no careciera de cierta severidad y elegancia; pero ahora, cuando quieren cerrarnos los espacios e instalarnos en lugares de aspecto laberíntico, esta sala es muy hermosa; se domina hasta el fondo de un solo vistazo y cuando se atraviesa, la sentimos ancha y generosa; las columnas dilatan el ámbito por encima de nuestras cabezas como si fuera un templo. Temprano, en la penumbra, me parece ver una figura con su túnica talar que viene de alguna época lejana; pero qué importa si viene de Persia, de Grecia, de Bizancio, o es cualquier rareza de nuestros días. Hay una sola biblioteca que se prolonga en el tiempo y es idéntica la búsqueda hoy o hace siglos.

"¡Qué ignorantes somos de nuestro pasado! Inscripciones, papiros, libros, enlazan a la especie humana a través del tiempo, y nos permiten oír las voces dispersas y los gritos lejanos de nuestros hermanos y hermanas, de nuestros antepasados. ¡Y qué placer reconocer que se parecen tanto a nosotros!"⁵

4 NERUDA, Pablo. Las manos del día. Buenos Aires: Losada, 1975. p. 22.

5 SAGAN, Carl. Cosmos . Barcelona: Planeta, 1987. p. 336.